

**III CONCURSO DE
RELATOS CORTOS
CON MOTIVO DE LA
FESTIVIDAD DE
TODOS LOS SANTOS**

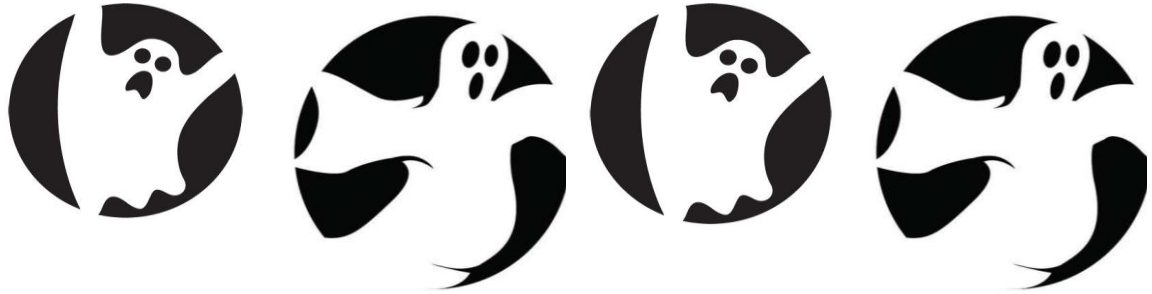
DEPARTAMENTO DE LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA

IES VALDESPARTERA

Curso 2018-19



Miércoles, 31 de octubre de 2018



Con motivo de la festividad de Todos los Santos, es ya una tradición en el IES Valdespartera que el Departamento de Lengua castellana y Literatura celebre el día con un Certamen relacionado con los difuntos, la muerte, el horror y el terror. Si hace el curso pasado nos decantamos por relatos de vampiros, este año hemos propuesto el tema de los fantasmas entre todo el alumnado.

La participación ha sido considerable en todos los niveles y la calidad, más que notable, como podrán comprobar. Hay que destacar que todos los fantasmas han sido seres espeluznantes, sanguinarios, inquietantes, malignos... El humor, la ironía, la burla que nos hace sonreír escasean en este conjunto de relatos.

Hay que resaltar que, pese a la brevedad de los textos, nuestros autores han sabido crear ambientes de misterio, de intriga... el suspense va en aumento hasta desenlaces sorprendentes.

Aquí se agrupan los relatos ganadores y los finalistas. Esperamos que sean del agrado de todos.



ME GUSTAS

Me gustas tú. Me gustas desde la cabeza hasta los pies, desde el último pelo hasta la uña más larga del pie. Me gustas tú; sí, tal y como suena, tú. Me gusta tu pelo rubio: Rubio brillante, rubio potente, rubio nutritivo. Me gustan tus ojos: verdes océano, verdes y preciosos. Me gustan también tus pecas: esas imperfecciones que, juntas, te hacen perfecta. Tus labios... No tengo palabras para describir tus labios. Simplemente, me encantan. Me gusta tu sonrisa. Tu sonrisa alegre.

Me gusta tu familia: tu hermano, tu hermana... Me gusta hasta tu preciosa tortuga: Esa a la que le das de comer cada cinco horas. Me gustas cuando discutes con tus hermanos y, a los cinco minutos, estás jugando con ellos, sin parar, como si nada hubiera pasado.

Me gusta tu habitación: esa donde te encierras cuando llegas a casa y no sales hasta la hora de cenar. Me gusta tu vestidor, tu ropa, el estilo que tienes... Me gusta tu casa, en general, y tu barrio, donde nunca se oye nada, donde nunca pasa nadie. Me gusta el instituto al que vas, me gusta cómo te educan allí. Los valores que te enseñan: el respeto, la empatía...

Me gustan mucho, también, tus amigas. Esas que te apoyan día a día, la razón por la que tienes esa sonrisa en tu cara. Me gusta, también, ese chico al que tú quieres, tu amante. Me gustas cuando te pones roja al hablar con él, cuando te atascas y no te salen las palabras.

Me gusta lo que haces día a día. Me gustas tú: tu cuerpo, tu cara, tu inocencia, tu carácter, tu irresponsabilidad... Me encantas ¿vale? Me encantas tal y como eres. Te mereces todo lo bueno; es más, te mereces mucho más que muchas otras personas.

Yo, también, me encantaba y, también, pensaba que me merecía todo lo bueno. Hasta que me di cuenta de que el destino está escrito. Hagas lo que hagas, seas como seas, no recibirás lo que tú piensas, si el destino dice lo contrario. Yo tuve mala suerte. Mi destino decía que moriría joven, estrangulada y poseída por seres paranormales que ni imaginaba... Te llevo espiando desde el mismísimo instante en el que naciste. Te he visto crecer. Si llegas a leer esto, supongo que te responderás a muchas preguntas. Sí, el día que estabas durmiendo y notabas que el colchón se hundía en tus pies, era porque yo estaba ahí sentada, observándote. Sí, el día que te estabas durmiendo y notabas que alguien te acariciaba el pelo, era yo.

Y es que me encantas tanto que quiero que estés aquí a mi lado. Ha llegado tu hora. Hoy te toca a ti. Pienso vengarme de todo lo que me hicieron: te elijo a ti.



Carmen de Val
3º ESO – D

SI. LA. SOL. FANTASMA. en. MI. salón. RE. DO.

Oigo cómo las manecillas se burlan del silencio haciéndome escuchar cada tic-tac. No está mal, en realidad, tener algo así llenando el vacío sensorial auditivo que habría de no ser por su presencia. No está mal, me repito. Soy consciente de mi intolerancia al silencio y el antiguo reloj del salón me soluciona ese problema. Exactamente igual que todos los demás relojes de casa. Y luego me preguntan que por qué odio lo digital. Demasiado silencio, a mi parecer.

Dejo de pensar en todas esas ideas que cada mañana se repiten sin falta, como con miedo de que algún día el reloj deje de escucharse. ¡Qué patético! Abro uno de los cajones de la cómoda y miro su interior con desdén. Ya no quedan caramelos; pero, eso ya lo sabía. A veces, las rutinas hacen más mal que bien. Hoy me están haciendo perder un tiempo innecesario. Céntrate, me digo. Quiero-tocar-el-piano. Poco a poco me deslizo por el suelo con mis calcetines de algodón hasta llegar a mi objetivo.

Me coloco delante de mi banqueta acolchada y me poso en ella con delicadeza, deseando encontrar la posición perfecta a la primera. Miro al frente. ¡Qué piano más bonito! No se le nota todo el uso que le he dado. Poso mis manos sobre él y lo abro. Pruebo unos acordes y me dispongo a tocar algo suave y delicado, algo sutil. Magi Mohamed Hamdy Doweidar, 2° Bach. A



Una de mis melodías favoritas empieza a sonar sin casi pensarlo. De todas las veces que he tocado esta pieza, esta está siendo la mejor, sin duda. Me concentro un poco más, lo suficiente como para hacer un final perfecto. Dedos índice y anular derechos pulsan suavemente las teclas adecuadas mientras la mano izquierda complementa con los acordes perfectos para la ocasión. Solo quedan un par de notas más. Fin. Perfecto. Estoy orgulloso. Silencio.

Sí, parece ser que la última nota ha venido acompañada de un silencio abrumador. Ya no oigo ningún tic-tac. Ya no oigo nada. Quién diría que el espíritu que le daba vida a ese antiguo reloj alguna vez moriría. ¡Qué curioso! Y qué estremecedor...

Clap. Clap. Clap. Unas suaves palmadas a mis espaldas empiezan a sonar cada vez con más euforia. Parece que a alguien le ha gustado mi obra tanto como a mí. Inspiro profundamente, como tratando de absorber todo el orgullo que desprenden esos aplausos. Sé que no durarán mucho más y... la curiosidad me vence. Me levanto de la banqueta y doy media vuelta con la esperanza de ver a ese admirador que ha debido de colarse en mi casa.

Lo único que encuentro es un nuevo silencio prolongado, un familiar salón vacío y, de repente, el tic-tac del reloj.

—Gracias – digo, en voz alta. —. Le espero en mi próxima función.

Magi Mohamed Hamdy Doweidar
2° Bach. A

Un poema arrojado a las tinieblas.



Eso es lo que soy. O tan solo el verso roto de un poeta desdichado. Me gustaría saber qué llevó a un ser tan noble a la destrucción. ¿El alcohol? ¿La insensibilidad del mundo? Improbable. Debí ser un sentimiento demasiado poderoso, tanto que desgarró su corazón. Y, ahora, lo único que de él me queda: la ruina.

Por mucho tiempo, he vagado como un espectro, en silencio y sin rumbo. Todo a mi alrededor es un desierto nevado en cuyo aire los copos permanecen estáticos. Ascendo por la ladera de una duna para volver a bajar, buscando en vano un horizonte donde poner mis esperanzas. Pero no lo hay. Del mismo modo que no hay estrellas a las que agarrarse. Solo es un vasto imperio de frío que se pierde en la oscuridad. Solo es miedo. Y mi única compañía es la soledad.

Mis rodillas flaquean, se tuercen y mi cuerpo cae como un muñeco roto sobre la nieve. Ni siquiera se siente fría. Me quedo aquí, quieto, soñando con que alguien me cubra con una manta negra. Una que haga mis pensamientos apagarse. Ya que, incluso siendo incapaz de sentir nada, el silencio sigue doliendo. Porque en él, mi mente piensa, chilla hacia mi cráneo, clavándose en él como solo lo hace la verdad: infringiendo profundas heridas.

Huelo la desesperación del mundo, preñado de dolor y añoranza. Distingo en uno de los copos de nieve una imagen. Mis ojos vuelan hasta ella y la toman como si fuera propia. Y es entonces cuando el sentimiento de un recuerdo me invade. Contemplo absorto la imagen: un joven arrodillado y con la frente pegada al suelo. Grita. Entre sus brazos guarda el cuerpo destrozado de un niño. La

lluvia cae sobre ellos sin piedad, ¿pero qué son unas gotas comparadas con la muerte del corazón? Segundos después, mis ojos vuelan a otro copo, a otro recuerdo. En él, el joven, completamente vestido de negro, está sentado en un banco. Entre sus manos, un papel acoge las lágrimas que le caen al poeta.

Las palabras se emborronan, pero alcanzo a leer: «Antes, solía rezar a mis dioses. Ahora, en este momento sin fe, siento que le hablo al aire vacío.» Antes de apartar la mirada compungido, alcanzo a ver algo más en otro copo: al joven arrojando una nota al fuego y los trazos de tinta ardiendo.

El amor, la fe y la pasión: todos en fila hacia este desierto invernal.

¿Son míos esos sentimientos? Lo sean o no, su marcha parece haberme dejado desvanecido. Si tiempo atrás fui un risueño poema, fui un yo que ahora se ve distante y ajeno. De él ya no queda nada. Nada, salvo un fantasma.

Pero, entonces, algo cambia. Oigo una voz florecer con un palpito. Es cálida, tierna y huele a risas y a sol. Otro copo, más similar a un pétalo dorado, desciende hasta posarse ante mis ojos. Brilla como no lo hace nada en este lugar. Veo en él dos manos unidas y la sensación del roce acude a mis dedos. Aunque leve, es lo suficientemente intensa como para estremecer todo mi cuerpo. La voz sigue sonando, tan dulce como una canción. No logro distinguir de quién o qué es.

Una brisa amenaza con alejar el pétalo. Así que lo tomé con rapidez y lo presiono contra mi pecho hasta que desaparece bajo la piel. Un impulso súbito



me hace incorporarme con una nueva actitud gobernando mis brazos y piernas. Al hacerlo, aprieto los párpados para contener el dolor. Recomponerse es más duro que romperse.

Al abrir los ojos y mirar al cielo, distingo algo que antes no había visto. Una cúpula de cristal encierra todo el desierto. Aunque quizá sea yo el que está atrapado. De modo que debo encontrar la salida de esta cárcel, ahora finita. Ahora posible. Los pies se me hunden un poco en la nieve, siempre tan sigilosa como la muerte. Los sacudo para zafarme de su agarre y comienzo a andar. En ninguna dirección concreta, pero con un rumbo claro.

Tengo fuego en mi alma. Una llama prendida por el pétalo dorado. Los copos van desprendiéndose de su quietud conforme camino. Caen del cielo a la tierra y cientos de imágenes me evocan recuerdos. Muchos son oscuros y dolorosos como los que me trajeron aquí. En esos momentos, ahueco las manos en torno a mi pecho para que la llama no se apague. Y, ocasionalmente, cuando encuentro un nuevo pétalo dorado descendiendo solitario en medio de la pena, lo tomo y alimento la llama de mi interior. Buenos pensamientos para provocar un incendio que derrita la nieve.

A cada paso van apareciendo estrellas que yo mismo cuelgo de la noche.

Capto un destello plateado en la distancia. En la cima de una alta duna, hay algo con un brillo especial. Me dirijo hacia allí con renovada fuerza. A mitad de camino, tropiezo con un montón de malos recuerdos. Caigo de bruces contra ellos. Me tiñen las manos de miedo y se funden con las



lágrimas que me caen. No obstante, me concentro en el fuego que arde en mi pecho. Me levanto temblando y respiro profundamente. El dolor es algo terrible. Pero si no consigo superar la oscuridad, jamás me servirá para crecer.



Sigo adelante. La voz del primer pétalo guiándome durante todo el viaje.

Asciendo por la ladera de la última duna. Es la más ardua. Me caigo varias veces y me levanto otras tantas. Nadie me oír si lloro, si me rindo. Si de verdad quiero salir de aquí, debo hacerlo yo mismo. Y así, con cada paso, menos etéreo me siento. Alcanzo la cima resollando. No hay esfuerzo más pesado que el de superar la angustia.

El destello plateado que me ha atraído hasta aquí lo guarda un espejo. Una tela lo cubre casi en su totalidad. Frente a él hay una silla. Me acerco y rozo el respaldo. Ahora sí siento el frío, casi tan helado que quema. Un cojín mullido me invita a sentarme como un canto de sirena. Pero no lo hago, sé que es un obstáculo puesto por mis propios ideales. De modo que la dejo atrás y me sitúo frente al espejo. La tela está cubierta de polvo, como si nadie se hubiera molestado en averiguar qué oculta. La hago caer con una mano y dejo al espejo desnudo. Se me corta la respiración.

Mi rostro no es sino un cuadro de tristeza. La piel es casi tan fina que deja ver los huesos a los que se pega con tanto anhelo. Los labios cerúleos por la ausencia de vida y la nariz arrugada como un mal chiste. Y en mis ojos, en estos pobres dolientes, una sombra profunda combate contra el fuego. Un fuego dorado.





Al verme, por fin comprendo. Esto es lo que soy: un verso roto, un poema arrojado y un poeta desdichado. El fantasma de lo que un

día fui, que vaga perdido buscando una luz por la que marcharse. Detrás de mí, la ruina invernal a la que un día llamé corazón se extiende hacia la oscuridad. Pero nada de esto importa. La luz que busco arde en mi pecho. La voz que me llama es mía.

El espejo se convierte en una ventana. Más allá, se encuentra el mundo del que vengo, y en el que debo estar. No es completamente luminoso ni está lleno de dicha. Nunca lo estuvo. Pero tiene horizonte y estrellas. Así que me encargaré de que, para mí, brillen. No venzo la guerra definitiva contra el dolor. Pero; sí, esta batalla. Cuando vengan las otras, seguiré luchando.

Cruzo la ventana. Así es como dejo de ser un fantasma.

Mario Beltrán Granado
2º BACH B

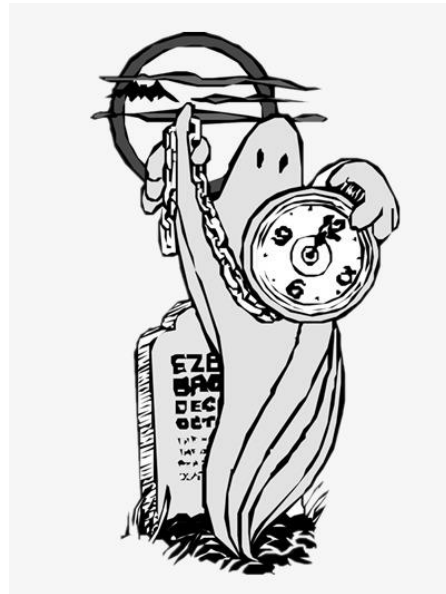
03:37 AM

03:37 AM

Poco a poco perdí la consciencia, se me nubló la vista, y solo podía sentir un vacío infinito, que ahogaba mis gritos de dolor. Mientras, la sangre, que antes había corrido por mis venas, cubría el suelo embaldosado de un vasto manto rojo...

Desperté.

Estaba empapada en sudor; pero, me sentí aliviada, tras comprobar que solo había sido una pesadilla. Fui a la cocina a por un vaso de leche caliente para recuperar el sueño. El reloj marcaba las 03:36 AM, cuando todas las ventanas, cajones y puertas de la casa se abrieron repentinamente.



En aquel momento, aún veía perfectamente, solo que no había nada que ver.

Raquel Sampol
3º ESO E

Tú no me miraste

La primera vez que te vi, abriendo la puerta de tu nueva casa, pensé que eras bastante guapa a pesar de tus arrugas. Estaba anocheciendo, pero me fijé bien en tu cara mientras la luz del salón parpadeaba al encenderse. Estabas cansada, con círculos bajo tus oscuros ojos. Tú no me miraste, ¿cómo ibas a hacerlo? Pero; yo, sí. También me di cuenta de que no le tienes miedo a tu nuevo hogar. No te importa que la casa sea oscura y que las puertas chirrien.

Tampoco parecen importarte los rumores que cuentan sobre ella, casi parece que te gusten, total eso es lo que son, ¿no? Solo rumores y cuentos sin sentido. Pero así te entretienes tú, sentándote cerca de la hoguera leyendo tus novelas. En el fondo son solo mentiras, tú decides si creértelas o no, pero yo siempre he creído que tienen algo de verdad.

A mí también solían gustarme las novelas de terror y, ahora, más que nunca. De alguna manera, disfrutaba de la angustia que se siente al saber que tu personaje favorito no va a poder contar su historia porque lo han atrapado y me gustaba imaginarme cuales son las últimas palabras que dice mientras se apaga la luz de sus ojos. El último pensamiento que tiene antes de volar a lo desconocido y desaparecer para siempre.

Nunca tienes visita, aparte de mí, claro. Supongo que te gusta estar a solas, a tus anchas por la casa. Pero empezaste a

temerme en cuanto oíste mis pasos por el piso de arriba. Cuando te diste cuenta de que te estaba llamando; aunque, al principio, creyeses que mis gritos no eran más que el molesto viento. Pensando que yo estaba nada más que en tu cabeza, chillando e intentando salir. Las típicas chorradas de una vieja loca. De lo que todavía no te has dado cuenta es que todos los días te miro. Todas esas veces que maldecías por no haber cerrado bien la ventana de noche, era



yo acariciando tu piel morena. Todas esas pesadillas de las que te has levantado sudando, son parte de mí. Y todas las veces que echabas la llave para que no se colase alguien, lo que no sabías, es que yo ya estaba dentro. Siempre lo he estado. Podría salir, pero, ¿para qué? A mí lo que me gusta es ver como se te llevan las tinieblas cada noche. El morbo al contemplar como sube y baja tu pecho mientras duermes y, luego, mirar como abres los ojos al darte cuenta de que ya llega la mañana. Hasta que un día no los abras, nunca más. Y en ese momento, sabrás que te he atrapado.

Inés Corchón
3º ESO – C

Un ALMA sin cuerpo

¿Mi ser? Mi cuerpo, mi sangre, mi carne y mis huesos se perdieron en el olvido hace mucho tiempo. Pero mi alma, sigue aquí presente. Parece mentira, pero es insufrible seguir estando, seguir sintiendo, seguir presenciando aunque no pueda manifestarme en persona. Estoy cansado, sin poder librarme de mí mismo mientras que otros ya se despidieron de la vida en el instante en que sus corazones dejaron de latir. ¿Y por qué sigue mi alma aquí? La pregunta que se deberían de estar haciendo los que algún día espero que encuentren esta carta. Sigo aquí por una maldición que cayó sobre mí aquel día, no podía ser otro, "El día de todos los santos"

Aquella mañana salimos mi mujer y yo en coche para llegar al aeropuerto. Era la mañana siguiente al día de mi boda. Íbamos a coger un avión para irnos a las islas Maldivas en nuestra luna de miel. En una curva, tuvimos un accidente. Era un giro muy peligroso y mi mujer me distrajo dándome la mano. Probablemente habríamos salido ilesos, pero el guardarraíl estaba roto justo en el giro, probablemente a causa de otro accidente como el mío. En cuanto descarrilamos, el *airbag* salió y amortiguó mi golpe, salí vivo. Pero, mi mujer salió disparada y se empezó a desangrar. Me asusté muchísimo. Llamé lo más rápido que pude a la ambulancia, a mí me cosieron una herida y me dijeron que ya estaba bien... pero, mi mujer... mi mujer murió. Las lágrimas empezaron a caer de mis ojos como las gotas de agua caen de las nubes en una tormenta. Entonces me fui al baño. Empecé a pegarle puñetazos a todo lo que vi. Había unas tijeras para cortar vendas. Las cogí y me las clavé en el cuello.

Siempre me preguntaba cómo sería la muerte. Mientras me iba desangrando

empecé a pensar lo que me depararía el futuro. ¿Iba a dejar de sentir? ¿Subir a los cielos? Entonces paró todo. Pensé que ya me empezaba a olvidar la vida y ver negro para siempre. Pero no fue así. De repente vi la forma de una mujer, parecía mi mujer, le grité: – ¡cariño!- Se fue girando poco a poco y le vi cara. Ese monstruo de tez verde no era mi mujer. De repente me empezó a recitar un poema un tanto extraño:

*Por desperdiciar la vida y no querer lo dado,
el descanso absoluto, se te ha arrebatado.
Para acabar finalmente, con esta maldición,
una oportunidad tendrás, para manifestar acción.
Pero, si esa acción no es la adecuada,
permanecerás eternidades sin despegarte de tu
alma.*



-¿Qué es eso de manifestarse?- Le pregunté.

-Vivimos en un mundo paralelo al de las personas, no pueden oírnos, vernos ni tocarnos. Pero tienes una oportunidad para hacer que puedan ver algo, oírlo y tocarlo. Puedes ser tú mismo,(aparecerte), un objeto o un animal-. Me fue contestando.

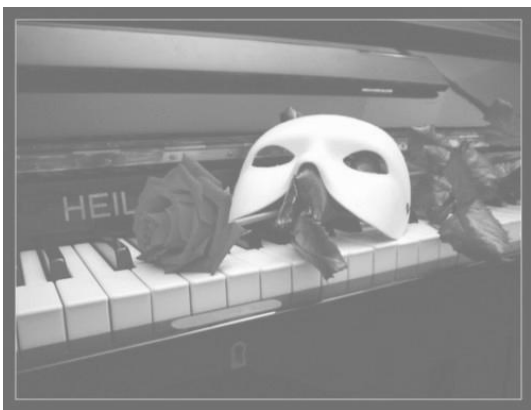
Entonces aparecí como espíritu. Era como mi cuerpo habitual, pero no tenía carne ni hueso. Podía volar. Me estaba gustando eso

se ser un espíritu. Pero empezó el estrés. No sé lo que hacer con esta especie de vida, estoy cansado, quiero morir de verdad. Pero nunca he sabido como manifestarme. El miedo de quedarme así para siempre me devora por dentro. Entonces he decidido lo que voy a hacer. Voy a pasar al mundo viviente esta carta, he intentado plasmar mi historia. Lo que solía hacer cuando era

escritor era acabar mis obras con una moraleja, la de hoy es esta: *“nunca desperdicies una vida, porque es lo mejor que puedes tener, la vida es muy larga, y da tiempo a mejorarla, así que no te dejes llevar por los malos momentos y espera a que se solucionen.”* Dicho esto, me doy un “adiós” final.

Esther Polo Llimós
2º ESO - D

La melodía del aula dieciséis



Cada martes por la tarde se escuchaban hermosas y tranquilas melodías. Aquel sonido producido por un piano de cola provenía del aula dieciséis del segundo piso. Claro que con aquellas magníficas melodías, escuchadas desde la lejanía, nadie se me resistía; aunque yo era el primero y único en poder estar en aquellos conciertos VIP, el lector, ¿cómo no?, podrá concluir que era yo el famoso pianista de Zaragoza. Si os preguntáis cómo he aprendido a tocar aquel instrumento de 88 teclas, he tenido unos cuantos largos años de recorrido y aprendizaje. Lo primero de todo, hace muchos años que llevo viajando por toda Europa conociendo cada tipo de música y, una cosa os diré (pero... ¡shhh!), la mejor música es la del romanticismo. Todo era tranquilidad y amor... Claro que que en

cuatro siglos, llegó el rock y eso sí que fue fuerte... Al finalizar mi trayectoria por Europa, me establecí en el, hoy en día, Conservatorio de música de Zaragoza. He ido perfeccionando mi técnica, mediante la asistencia gratis a las clases y pudiendo ver a la gente tocar. Cuando llegaba el tiempo muerto, era mi turno para tocar. Yo solo con aquel magnífico piano. De vez en cuando, el conserje abría la puerta asustado, sin saber qué estaba pasando. Otros días entraba al aula y la inspeccionaba a fondo y, claro, yo pensaba que a ese chaval se le había perdido algo; pero, que, nada, oye, nunca lo encontraba. A los meses, fue entrando cada día, como si él fuese el profesor y la semana pasada ¡me pilló los dedos al cerrar la tapa del piano! Salí con todos ellos rojos y él ni me vio ni se sorprendió. Cada vez pienso que los humanos evolucionan peor y estoy sospechando que no me ve; ya que le hablo y no me responde... le hago signos y, oye, tampoco responde... Cada día me asusta más ese conserje y no entiendo, para nada, lo que está pasando. Pero, claro, esta mañana, me dio por pasearme por el aula de danza y, entonces, comprendí al conserje: Era imposible verme en aquel espejo. ERA UN FANTASMA.

Ainhoa Oyarbide
3º ESO C

SIN TÍTULO

Estaba en mi habitación, tumbada en la cama intentando conciliar el sueño, cuando empecé a tener la sensación de que me ahogaba. Poco a poco el aire que contenían mis pulmones se iba escapando lentamente por mi boca mientras hacía un intento desesperado de librarme de esta oscura sensación. Mi corazón bombeaba sangre vertiginosamente por todo mi cuerpo y sus latidos eran tan fuertes que sentía como si mi pecho fuera a estallar para dejarlo salir. La sensación fue desapareciendo poco a poco mientras unas afiladas uñas subían por mi brazo arañándolo y abriendo heridas que no paraban de sangrar, perforando mi sensible y blanquecina piel. Intentaba desesperadamente ver qué o quién era el que me estaba haciendo esto, pero por más que me giraba no encontraba ningún culpable de tan terrible dolor. “Aquello” asestó un golpe final en la parte inferior de mi vientre. Una mancha oscura de sangre se extendía a lo largo de mi níveo camisón. Repentinamente, una mano de dedos alargados y uñas sumamente afiladas, se abrió paso entre los pliegues de mi estómago para sacar algo de un color pálido y viscoso. Lo incomprensible era por qué no estaba ya inconsciente. Cuando la cosa dejó de extraer lo que creía que era alguno de mis órganos, pasó a ser alumbrado por una tenue luz que llegaba desde un lejano ventanal de mi habitación. Empezó a olisquear y degustar el líquido que desprendían mis vísceras hasta tal punto que éste empezaba a gotear por las comisuras de sus casi interminables y dentadas fauces. No era una cosa ni humana ni animal, era más bien como esos monstruos fantasmagóricos provenientes de experimentos fallidos de películas de terror.



Un ruido sonó desde detrás de la puerta de mi habitación y aquello desapareció, escapándose hacia la oscuridad del pasillo. Me estaba desangrando en el polvoriento suelo, así que, tan rápido como las heridas y los molidos músculos de mi cuerpo me lo permitieron, me arrastré hacia la cómoda dejando una mancha de sangre en el suelo y extendí mi mano hacia la mesilla para alcanzar el teléfono. Llamé a un número al azar mientras suplicaba ayuda. Mi voz sonaba rota, ronca y vacía, mientras que del otro lado de la línea solo se escuchaba unos suspiros fuertes mientras una voz no paraba de gritar: “Esto no es real. Solo es una horrible pesadilla que parece no tener fin. Despertaré muy pronto”. La llamada se cortó repentinamente.

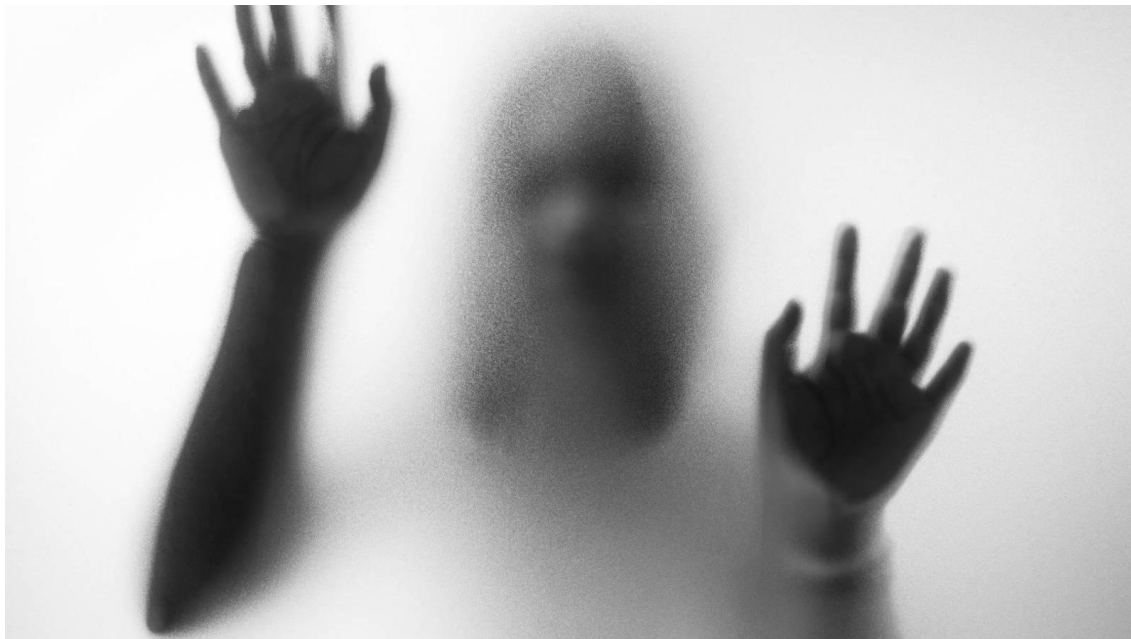


Ya al borde de la inconsciencia sentí como la luz de mis ojos se apagaba poco a poco y

mi corazón latía de manera decreciente. Todas mis emociones y sentimientos e incluso el dolor que estaba sintiendo en ese momento se esfumaban.

Abrí los ojos; me levanté en la cama, todavía con la sensación de la pesadilla y con el camisón manchado de sudor. El llanto de mi

era mi hijo de verdad porque el fantasma que me había asesinado minutos antes en mi pesadilla, apareció de nuevo arrancándole la cabeza al niño de debajo de la cama. No me dio tiempo a detenerlo cuando empezó a engullir la pierna del otro niño, mientras el pequeño gritaba de dolor.



hijo se oía desde la otra punta de la casa. Cruzé el interminable y oscuro pasillo mientras un frío empezaba instalarse a la altura de mis pies. Aceleré el paso hasta su habitación y al abrir la puerta y ver como se acurrucaba entre las sábanas asustado, me arrodillé a su altura e intenté tranquilizarle. “Mami, ¿puedes mirar si hay monstruos debajo de mi cama?” me acostumbré a esa extraña petición hace algunos años, pero este día era diferente. El sudor seguía empapando mi cuerpo y el frío todavía no había abandonado mis pies. Decidí complacerlo, pero bajo la cama solo encontré a mi hijo que temblando me susurraba: “Mami, hay algo en mi cama”. No me dio tiempo a comprobar cuál de los dos

Eché a correr hacia el pasillo cuando todo volvió a la calma y empezó a sonar el teléfono. Tenía el presentimiento de que debía cogerlo, aunque solo fuera para llamar a la policía y explicarles la terrorífica situación. En la pantalla se veía reflejado “número desconocido”. Descolgué el teléfono para oírme a mí misma suplicando por mi vida, como había hecho minutos antes cuando me desangraba en el suelo. Involuntariamente salieron unas palabras de mi boca: “Esto no es real. Solo es una horrible pesadilla que parece no tener fin. Despertaré muy pronto”.

Claudia Luna
3º ESO F

Aunque hubo muchos más relatos; estos, que acabas de leer, fueron los finalistas seleccionados por el Jurado para optar a los premios del

III Concurso de relatos cortos con motivo de la festividad de Todos los Santos

y, a pesar de que lo importante es participar...
LOS GANADORES HAN SIDO



Categoría juvenil A: **ESTHER POLO** con *“Un ALMA sin cuerpo”*

Categoría juvenil B: **INÉS CORCHÓN** con *“Tú no me miraste”*

Categoría absoluta: **MARIO BELTRÁN** con *“Un poema arrojado a las tinieblas”*

¡¡Enhorabuena a los premiados!!

Y... ¡Hasta el año que viene!

Desde el Departamento de Lengua castellana y Literatura,
queremos agradecer a todos aquellos miembros de la Comunidad educativa que,
con su interés, esfuerzo y dedicación, año tras año, han hecho posible
tanto este III Concurso como esta publicación



I.E.S.
VALDESPARTERA